

El periodo de comunicación oniroide en el análisis de Griselda: a la búsqueda de un sujeto por el camino del teatro y del sueño

J. Carlos Plá*

I

Griselda es rubia, delgada, viste (o mejor, vestía) pobremente, camina **sin** ruido, crispada, rostro huesudo, ojos grandes, grises, que a la vez miran y huyen, manos chicas, sudorosas, pelo lacio, pajizo, hasta no hace mucho maloliente, saluda dando la mano sin decir una palabra. Vino a mí considerándose *muy rara*. Me la envió un colega que pensó que podía marchar bien *conmigo*. Desde *que* entró a mi *consultorio* era natural que allí estuviera. Y si tengo que decir por qué, sólo atino a hablar de mi familiaridad con la locura, con el sueño, ¿Y en ella? ¿Era *ella* un *personal* e de *mis* sueños, o lo era yo de *Los sueños de ella*? ¿*Estábamos de entrada soñando juntos*? Y si es así, ¿por qué?

Su relato no era, no podía ser, claro, detallado, sino comprimido e impreciso (¿o también preciso?) Su contenido más importante es resumible en un, “¡Llegué, estoy aquí, no me deje sola!” Nacida en Paraguay, de ascendencia alemana, llegó a mí en plena crisis uruguaya. Tiene entonces 22 años, es o ha sido, en su tierra natal, estudiante de medicina fugazmente, luego de enfermería, está “atrancada en todo”. *Desde hace un año, se pasa durmiendo en su casa, no hace nada, no sale, no estudia*. Lo que le importa son sus “problemas vitales”, no su carrera. A partir de su mayoría de edad, le aparece algo de vello facial, se le acentúan trastornos menstruales que presenta desde su menarca (a los 16 años). Pierde “las ganas de ir a todos lados”. En el curso de las entrevistas previas a su análisis, yo le hago algunas preguntas aclaratorias y ella, como puede, me responde. Me encuentro un tanto bobo pero *todavía se me ocurre que es asombroso que ella hablara*; todavía me

* Dirección: Canelones 1567. Montevideo

maravillo de un cuasi milagro: *que pudiéramos empezar*. Su hablar era rápido, ansioso, con una voz chillona, monocorde; *su cara mueve pocos músculos, mientras llora lágrimas gruesas, cálidas y exclame un sorprendente, “¡Le pido que no me deje sola!”* Es muy curioso que aún ahora, con más de tres años de análisis me asombre de nuestra comunicación. En realidad si me animo a ser ingenuo y desnudo con mi contratransferencia, debo decir que, pensando en nuestro trabajo con Griselda, experimento *un fortísimo gracias a la vida, redescubro el análisis como un camino para literalmente poder pensar la vida*. Fantaseo en Griselda como en quien llega a la orilla después de un naufragio. La admiro en su valentía, en su decisión de nadador que busca la superficie. Y *esta fantasía con la que recién me encuentro, ¿es mía o es de ella? ¿O es de ambos acerca de ella, y constituye la posibilidad misma de su análisis?*

Recuerdo la *asinergia* de sus gestos, de sus lágrimas y de sus palabras, en las entrevistas iniciales. Y este recuerdo prevalece, siento que injustamente, sobre lo que ella me dijo efectivamente y que puedo leer en mis notas. Entendámonos: no se trata de que me acuerde muy mal de los contenidos de su relato, sino de que ahora compruebo que éste es mucho más rico de lo que registré, consciente o preconscientemente. *Junto con su asinergia expresiva va mi asincronía de recepción, en particular en lo que se refiere a su capacidad de percibirse penetrantemente a sí misma*. Ella se autodefine como torpe. Sólo en la actualidad logra reconocer en su desempeño en el mundo, momentos en los que aprende y piensa, y momentos en los que su capacidad de incorporar y plantearse algo nuevo es nula. Es un punto éste cuyo esclarecimiento demandará mucho trabajo. Estamos viendo lo que significa para ella la imagen del “otro que sabe, no enseña y juzga”. *Ella todavía disocia su relación conmigo de la realidad de las personas en el mundo*. Conmigo se siente comunicada, da y recibe de mí, no la abrigo ni la juzgo. *Pero ella tiene también su asincronía de recepción: no ha recibido cabalmente aún el hecho de que estas cualidades, que ella percibe en su analista y de las que se nutre, pertenecen a una persona insertada realmente en el mundo*. Para seguir pensando sobre este aspecto sustantivo de nuestra comunicación, quiero consignar aquí sus demostraciones de *insight efectuadas* en las primeras entrevistas y que yo había “olvidado”. 1) Cuando habla de su hermana que hizo una crisis un año y medio antes, dice que la trató un psiquiatra que se

informaba con la madre y que le daba medicamentos; que ella busca “otra cosa”. Dice que su hermana tenía una gran angustia, miedo a todo, a enloquecerse, a quedarse sola; tenía accesos de desesperación y se calmaba hablando con ella. “*Mi hermana hizo una crisis y ahora es normal, sale con muchachos y muchachas*” “Yo no hice una crisis y soy rara.” “Me siento inútil y quiero servir.” 2) Tiene un hermano químico siete años mayor que ella, cálido, *el más sano* de todos, muy amigo suyo, quien, *cuando la ve acostada, la compara con un tío materno* que no hace nada, se pasa durmiendo. Esta comparación *la irrita y la asusta*. La locura es un fantasma temido por ella y sus hermanos. Los tíos paternos son todos *raros*; uno de ellos delirante *crónico*; el abuelo tenía crisis. 3) En su familia, ella incluida, hablaban de “las consecuencias del psicoanálisis”, de lo peligroso que era, “de cómo pedía enloquecer a 1a gente”. En el curso de las entrevistas conmigo ella “*decide de vuelta* analizarse”. Me pide “*que no la haga sufrir mucho que no la deje sola*”. 4) Se acuerda que “el *primer cadáver* de anatomía era un indio de nariz grande, con las piernas seccionadas, la cabeza echada Para atrás [...] que el *primer enfermo* que cuidé en el hospital se murió en una semana, yo lloré mucho” “En casa hago la fuerte, me tienen por la decidida a la que le traen los problemas.” 5) En la segunda entrevista, cuando se sintió más próxima a mí, me acepto que siempre defendió *al suicidio* como *una posibilidad para el que tiene angustia o está enfermo*.

Ahora mido mejor *el altísimo grado de ansiedad* con el que vino Griselda a mi consulta; *el clima de situación extraña, muy difícil y asombrosamente posible a la vez en el que se gestó nuestro vínculo*. En este momento, con más de tres años de análisis mediante, yo oigo con toda claridad, como no la podía oír al principio, la palabra de alguien que me dice que sabe que es rara, que viene en búsqueda de ser escuchada directamente sin intermediarios, en búsqueda de otra cosa que medicamentos. De alguien que se siente en crisis, su vida no va para ningún lado, sencillamente no vive, se pasa durmiendo. De alguien que percibe en lo que le pasa la manifestación de una muy profunda enfermedad, que teme repetir el destino raro y psicótico de su familia paterna, de seres casi inviables en la realidad, sólo subsistentes gracias a su inserción conservada en un sistema económico. De alguien que sabe que necesita explicitar vivencialmente su crisis y comunicarla, para poder romper su aprisionamiento.

De quien ve la posibilidad de hacerlo conmigo y, luego de nuestro primer contacto, decide de vuelta analizarse. De alguien que *ya me pide algo muy central y discriminado*: que no la haga sufrir mucho, que no la deje sola. Esta *palabra clara*, que ella como sujeto pronuncia desde el principio, yo la oigo dentro mío, así clara y distinta, sólo ahora. Es quizá el modo de palabra del futuro de Griselda como sujeto en el mundo. Un modo de palabra del que ella empieza a disponer desde hace aproximadamente dieciocho a veinte meses, gracias al trabajo analítico. Un modo de palabra que yo, más entero, con las vicisitudes y el retraso señalados y redescubiertos, oigo antes que ella. *Es una verdad muy literal y dramática, en Griselda, que tarda mucho para oírse a sí misma como sujeto, y que, para lograrlo, tengo yo que oírla primero*. Nunca nadie fue más necesario para otro. Es un decir, claro; pero es un significado del campo de nuestra relación.

Esta conquista de la palabra clara y propia es un proceso dialéctico. En la situación inicial, con la enorme ansiedad con que vino Griselda, con el carácter de extraño, difícil y asombrosamente posible con el que se gestó nuestro vínculo; en esa situación digo, de algún modo yo la oí como sujeto de su historia, de algún modo ella se sintió oída y se escuchó a su vez. Recibí y di respuesta a su “Llegué, estoy aquí, no me deje sola, no me haga sufrir mucho”. O a su no verbalizado: “¿Me ve?... ¿me ve realmente cómo estoy?... ¿me ve así y me toma?” *Porque muchas pautas de su familia, muchas pautas de su pasado, se rompen cuando Griselda decide analizarse*. En primer lugar, *empieza a romper con el papel de “pobre”*, en el que estaban ubicadas mamá y los chicos durante su infancia. Papá tenía una existencia exitosa en la práctica de los negocios, vestía elegantemente, hacía viajes, tenía una vida aparte de la que no daba cuenta; cuando comenzamos el tratamiento, era todavía un misterio de dónde procedía el dinero de papá, cómo lo ganaba. Inteligente, despótico, su poder admira a Griselda. Ha sido muy violento con los hermanos mayores; ella cree desempeñar el papel de su preferida. Él suele descreer de toda manifestación de sufrimiento, y enseña que hay que ser “hombres” y no hablar de y no dejarse amilanar por las angustias personales. No tolera que sus hijos puedan andar mal, ni menos que vengan a decírselo. O sea que, para Griselda, decidir analizarse es empezar a dejar el papel de “pobre” y el papel de “hombre”, de campeón para ser admirado, en el que se ubica su padre, y con el que ella tuvo éxito en el ámbito doméstico, hasta su derrumbe luego del

aumento de su vello facial, También busca en mi *una madre diferente a la suya*. Mamá es débil, es tonta, es una inútil. A mamá no la quiere, mamá la pudre, porque vive angustiada y huyendo de lo que le resulta difícil, “ella de todo se preocupa pero de nada se ocupa”. Griselda le administra el dinero. Cree que sus padres no se separaron antes (de viejos están algo más unidos) por el respeto de papá al abuelo. Cuando ella tenía 9-10 años dormían separados, y ella lo hacía en el cuarto de mamá. Las enfermedades de ésta han sido una pesadilla para Griselda. Operada varias veces del vientre, una vez estuvo a la muerte, era impresionante los quilos que habla perdido a su retorno del sanatorio. Papá no decía nada y la llevaba a internar, ellos la veían sólo a su vuelta. También estuvo internada en un establecimiento psiquiátrico. Esta gravitación de las enfermedades de mamá surgió a poco de comenzado su análisis. Al igual que la imagen de *la casa de su infancia* (que no sé precisar si es la de su abuelo o la de sus padres) una casa de espacios grandes, donde los niños estaban solos, nadie se ocupaba de ellos, “una casa que no era para niños”, una casa en la que nadie esperaba ni atendía el juego de los niños, en la que se respiraba una atmósfera asfixiante, cargada de muerte. Otra casa necesitaba encontrar conmigo: *una casa en la que se pudiera ser niña viva. Una casa que también fuera de esta época, y desde la cual se pudiera salir, con alguna experiencia previa, a la realidad del mundo.*

Es muy significativo lo que nos ocurrió con el dinero en el contrato analítico. Ella aceptó mis honorarios, estaban dentro de lo que había previsto. Pensó trabajar como condición para analizarse, pero se da cuenta que no puede demorar el comienzo de su tratamiento. Pensó vender cosas de puerta en puerta. Yo no le pregunté cómo iba a obtener el dinero. Y luego de empezado su análisis, me revela que “sólo tenía para dos meses” (expresión que me resonó como “tengo para dos meses de vida”). Después apareció la herencia del tío delirante, que le extiende el plazo de su análisis a un año. El Papá no soportaría que ella necesitara atenderse, ni sentirse sustituido, ni, menos, pagar regularmente el tratamiento. Ella se sentiría privilegiada frente a los hermanos, todos precisados de terapia. Al año habló con su padre, le pidió y obtuvo dinero para su análisis, pero no le dijo el nombre de su terapeuta; él tampoco se lo preguntó, tomándolo aparentemente “como algo para la carrera”. Posteriormente, en oportunidad de un aumento, ella le dijo mi nombre, él le

prestó atención e incluso bromeé que él sería el más necesitado.

¿Qué pensar de mi conducta inicial?: su familia no sabe que ella entra en análisis, ella no trabaja y a mi me basta con su aceptación de mis honorarios, sin saber cómo va a obtener el dinero. Se puede enfocar desde distintas perspectivas. Sin duda reforzado por el decurso concreto de mi relación con Griselda, me atrevo a decir que, guiado intuitivamente por mi contra-transferencia, mi postura fue correcta. Aclaro que no se me ocurrió preguntarle más durante la entrevista ni descarté conscientemente hacerlo; simplemente no se me ocurrió. Cuando surgió en las sesiones, le interpreté que con el dinero tenía controlada una puerta de escape para su análisis. ¿Por qué esta postura me parece correcta? En el contexto de la enorme ansiedad con la que se me acercó Griselda, yo di por establecida nuestra unión con su aceptación. Busca una puerta de escape el que está adentro, no el que no ha entrado. *La ansiedad más importante* (ya no puedo decir que sólo de Griselda), *La ansiedad compartida giraba alrededor de la posibilidad misma del vínculo entre ella y yo. Se producía el click vital entre nosotros, ya se podía trabajar sobre los aspectos de incertidumbre en el vínculo, como por ejemplo el del dinero.* Probablemente sentí también algo confiable en su aceptación de mis honorarios. O me arriesgué y tuve, tuvimos suerte. Nos arriesgamos. Aunque la suerte en este punto hubiera sido otra, me reafirmo en esta conducta. Lo primero es lo primero, y nunca lo es el dinero. *Jerarquizar en primer lugar a su persona y a su posibilidad de vínculo conmigo, era lo que más profundamente venía a buscar en mí, como hecho nuevo.*

Algunos datos históricos más, recabados en las entrevistas: 1) En la escuela era muy buena alumna, “era fácil serlo”. En secundaria se veía obligada a estudiar mucho, “para sacar buenas notas y que creyeran que era inteligente”. Ya en facultad fue muy difícil. Salvó apenas anatomía. Dejó medicina. En enfermería fue un suplicio. Se pasaba el día masturbándose. 2) Al comenzar su tratamiento, no había tenido ningún contacto sexual. Menarca a los 16 años. Frecuentes amenorreas de varios meses, que requieren tratamiento hormonal. Cuando tenía 12-13 años, jugaba luchando en una cama con un hermano; la madre llamó a éste para decirle que no se debía hacer. La madre dice que acepta el sexo, siempre hablaba de los peligros de las chicas, de lo horrible

que era que quedaran embarazadas. Se masturba hasta ahora (el momento de su consulta). Se sorprendió que hubiera chicas que no lo hacen, cuando leyó que lo hacía el 50 %. Casi nunca es ella la protagonista: “Son dos que tienen relaciones”; no aclara con cuál se identifica. Algunas veces ha sido ella, fantaseando con un chico de 16 años. Éste hace un año subía a su cuarto a conversar, ella estaba acostada. Él sabe todo y aburre a la gente, pero ella lo escucha. Si la familia de él se enterara que sube a su cuarto se enojaría. Algunas veces se ha masturbado con fantasías homosexuales. En el liceo, se colocó una vez encima de una compañera, vestidas. *En la polifacética presentación de Griselda, redescubrimos también en ella a una adolescente en su búsqueda sexual, no tan rara, si no nos quedamos en su edad cronológica o en su aspecto físico.* 3) Es la cuarta de seis hermanos. 4) Al final de la segunda entrevista, me relata, con un grado de preocupación no bien discernido por mí, que *hace un año le daba miedo la imagen de un pollo adolescente que se le asomaba a la pieza; ella lo vinculaba con el muchacho de 16 años que subía a su cuarto.* Este mensaje final adquiere una importancia muy grande porque *anuncia explícitamente La estructura oniroide de su comunicación, hecho capital durante su primer año, año y medio, de análisis.* Imagen de sueño era en verdad, también, el “primer cadáver”: imagen esquizoparanoide. Así como me mostró su capacidad de deprimirse con la muerte del “primer enfermo que cuidamos en el hospital”.

II

Griselda se va hundiendo en una crisis aparentemente sin salida a partir de los 20-21 años. Al comenzar su tratamiento conmigo, está *en Letargo desde hace un año*: pasa el día entero en casa durmiendo, “sin salir ni hacer nada”, o saliendo “afuera, sonámbula”. *Un letargo no completo: se masturbe; recibe en su pieza, ella ecos-te da., a un muchacho de 16 años.* A la presencia de éste, vincula un episodio oniroide del año anterior.

Vino a mí con enorme ansiedad. Yo me pregunto, a propósito del carácter extrañamente natural de nuestro encuentro en las entrevistas, *si no estábamos de entrada soñando juntos*; si no éramos, desde nuestro contacto, cada uno un personaje de los sueños del otro. Agrego ahora, *¿no estábamos de entrada soñando nuestra relación?* Pienso que era efectivamente así, y que era ésta la

respuesta adecuada a la situación. Si ella no se hubiera soñado y no se hubiera dejado soñar como “mi paciente”, si yo no la hubiera soñado o si no me hubiera dejado soñar como “su analista”, *¿cómo habiéramos podido responder a la tremenda ansiedad con que preguntaba, y ya nos preguntábamos, si era factible entre nosotros la vida de la comunicación? Que era preguntarme si, para mi, ella misma era un ser factible.* Yo la soñé, la sueño, nadador que llega a la orilla. Ella me debe estar soñando, quien la vio y la estaba esperando. La posibilidad misma de su análisis, dije y digo.

Ella padece de gran dificultad y retraso para oírse a si misma como sujeto. Necesita, para escucharse ella, que yo le oiga primero. Tiene gran dificultad para aceptarme como una persona real en el mundo. ¿Dónde podríamos encontrarnos mejor que en el Sueño? Necesita explicitarme vivencialmente su crisis, para poder elaborarla y rehacerse; lo sabe, lo teme y lo espera. La realidad ya ha tomado un carácter invasor y destructivo en su propio cuerpo, con la emergencia de su vello facial. Ella ensueña la vida del cuerpo con la masturbación y con las charlas en su pieza con el amigo adolescente. En el propio terreno de la fantasía masturbatoria le es muy difícil asumirse como sujeto de actos, se ubica casi siempre como espectadora. O sea que le es muy difícil también asumirse como sujeto de pensamientos y deseos en una situación concreta, incluso de fantasía. Hay una señal de pensamiento simbólico en la experiencia oniroide del pollo gigante, que ella misma vincule con la presencia real del muchacho amigo. Aquí está indicado el camino posible para ella en ese momento: comprender la realidad a través de la comprensión de su simbolización en La experiencia onírica u oniroide. Fuera de este campo, su conducta principal en el mundo que vive como inundo de los otros, es su silencio como sujeto: alternancia de letargo y deambular sonambólico.

Las propias entrevistas eran ya el comienzo del camino posible en ese momento: la comunicación en un clima de experiencia oniroide; un Comienzo de elaboración de esa experiencia oniroide. Una realidad tremendamente ansiógena Sólo abordable por el sueño. Un clima de encuentro extraño, en el que, con enorme expectativa Y temor, se jugaba a una sola carta, el análisis Conmigo, la viabilidad de Griselda, era ya una Situación oniroide que requería

ahí mismo una doble respuesta: 1) un sueño elaborativo de la angustia dramática; 2) un pensar más consciente de toda la dramatización: angustia originaria, fantasías elaborativas, aspectos más adultos de los papeles de paciente y de analista.

Cuando Griselda mueve su letargo, busca *analizarse* y me busca como analista, busca *despertar*, busca *pensar*, y *sueña*. *Soñar es el comienzo del pensar; la primera ruptura de la unión letárgica con la madre-familia, la ruptura a la vez del autismo y de la simbiosis; la primera comunicación del sujeto consigo mismo y con los demás. Soñar es pensar adentro de mi madre, ya no ser uno con mi madre, sino por lo menos dos, yo y mi madre; esta separación es activada por la presencia del tercero, que completa el surgimiento del uno. Griselda viene a buscar en mí un tercero diferente a su familia, un tercero que la despierte; y a la vez busca en mí una madre-familia para poder soñar, pensar dentro de ella.*

El *análisis de Griselda* mantiene hasta el presente el significado, compartido por ella y por mí, de *un despertar*. Con su evolución, su letargo y su ‘sonambulismo’ se han vuelto menos masivos, puede pensar en la vida vigil y tener contactos personales directos con su realidad, con la realidad. Sus sesiones en su *primer año, año y medio*, de análisis, configuran el proceso de *empezar a despertar* y no distinguir, establecer una continuidad entre la pesadilla de cuando anoche dormía y la pesadilla a la que ahora, “despierta” o mejor, “despertándose”, no siempre del todo, asiste conmigo en el espacio de la sesión. Paralelamente a *este proceso de digestión de la pesadilla*, vuelve, a los 4-5 meses de iniciado su tratamiento, *al mundo exterior*, concurriendo al hospital a prepararse como *transfusionista*. La experiencia onírica y/o oniroide se va transformando, merced, creo, al trabajo interpretativo, en una experiencia muy dolorosa, ya no terrorífica, de asunción de su realidad concreta. El miedo que sufre durante *la noche anterior* a su primera sesión, es *un miedo nuevo: miedo, sentido entre dormida y despierta de, en estado de sonámbula, salir de su casa, y quedarse afuera*. El miedo de quedar a mitad de camino en su despertar analítico.

III

Mi propósito es mostrar aquí el proceso de las sesiones que desembocó en la estructura oniroide de la comunicación de Griselda como hecho cardinal de su análisis durante muchos meses. Con todo el riesgo de aburrir a mis lectores analistas, trataré de ser bastante detallado en el texto de las sesiones, con pocos comentarios de mi parte. Creo que es lo mejor para la discusión.

Primera sesión (lunes: Clima de extrema tensión, de pesadilla. La estufa del consultorio tiene un pequeño percance en seguida que entra ella.

De pie me pregunta, “¿Me tengo que acostar?” Su cara es de terror.

P: Como si los peligros hubieran aumentado con lo de la estufa.

G (*se sienta en el borde del divá* : ¡Pregúnteme algo!

[Algo le digo, que no he registrado.]

G (*Llora*): ¿Por qué hace eso? ¡no sé cómo es el análisis. . . usted lo hace a propósito!

P: ¿Con qué propósito?

G: La otra vez salí horrible, espantoso, me empecé a acordar de cosas viejas...

P: Pero ahora le tiene más miedo a lo nuevo.

G: No sé qué espera que yo diga.., o haga... bueno [se acuesta]...

¡Ayúdeme un poco!

P: ¿Cómo espera que la ayude?

G: ¡Pregúnteme algo!

P: Usted tiene un miedo muy grande.

G: Tenía mucho miedo a volverme loca... a angustiarme.

P: Lo *tiene* y muy intenso, en este momento. . . parecería que tiene miedo a algo catastrófico.

G: ¡Que pase todo pronto!!

P: Parece mucho miedo a una experiencia Primera, como la primera relación sexual, como Parir por primera vez.

G: Y bueno, miedo a lo que no se conoce, anoche soñé que estaba en un cuarto chiquitito, no sabía por qué puerta tenía que salir, me desperté hablando, después estuve sintiéndome perdida.

P: Ahora acá se siente perdida.

G: Hoy también... Usted me dejó sola... ¿por qué hace eso?... No sé qué

debo seguir diciendo para no quedar callada. [Está muy angustiada.]

P: ¿Qué se le ocurre del sueño?

G: Había una cantidad de puertas, pero yo no sabía cuál era..., no se.

P: ¿Y el cuarto chiquito?

G: No sé interpretar más.

P: Interpretar sería sustituirme a mí.

G: Sí... [se asusta] no lo quiero sustituir.

P: Siente que le doy a la cosa una dirección tan peligrosa que desearía sustituirme.

G: Sí.

P: Usted no se siente bien en un mundo chiquito.

G: Anoche soñé que estaba encerrada, me levantaba y abría la ventana..., tenía miedo de salir sonámbula y quedarme afuera.

P: Tiene necesidad de salir y miedo a no salir lúcida.

G: Estar sola..., de noche pesadillas. . . al llegar a la ventana me despertaba.

P: La pesadilla es acá al salir del sueño.

G: Le pregunto a usted cuál es la salida, y usted no me dice qué tengo que hacer, qué tengo que pensar.

P: Usted se coloca en una total pasividad y que yo la conduzca.

G: Me siento como un chiquilín chico.

P: Lo es en muchos sentidos..., es el cuarto chiquito... no puede salir de su infancia.

G: ¿Cuál es la puerta?

P: Es la necesidad de salir a tal velocidad que más parece una puerta de escape.

Silencio

P: En cierto sentido me pide que la ayude a huir... algo así, "huyamos juntos". . . para peor la estufa se apagó.

G: No me había dado cuenta, era demasiado calor.

P: Lo que me está pidiendo es calor.

G: Pero no de supergás.

Silencio [Yo pienso: infancia y locura.]

P: Me está pidiendo calor como para poder volverse chiquita de vuelta conmigo, sin tornar-se loca.

G: No quiero..., no., . no, chiquita no.

P: Yo creo que sí, pero tiene miedo de no encontrar en mí el calor suficiente.

Silencio

G: No sé por qué, no le entiendo.

P: Viene a buscar en mí una madre que sea buena. Por otro lado le parece absurdo buscarlo en mí, por eso no me entiende.

G: Usted no va a ser una madre buena.

P: ¿[...]?

G: Usted va a ser mi castigo... una pesadilla, cuando me vuelva loca, sólo entonces va a estar conforme.

P: ¿Es decir que me interesa destruirla?

G: No, destruirme primero. . . , después me va a curar.

P: Usted cuando me pide ayuda, que no la deje sola, me pide que sea una madre buena. Cuando no se siente respondida me está sintiendo una madre mala.

G: Usted se ha hecho análisis y sabe lo que es... sabe cómo ayudar y cómo angustiar.

P: No sé si está muy segura de esto.

G: Sabe..., por lo menos, cómo poner nerviosa.

Silencio

P: Su madre sabe también cómo ponerla nerviosa. [Me digo que soy un idiota en decir e..... que tal vez dicho más tarde tendría sentido]

G: Ésa no lo hace a propósito...

P: ¿En cambio parece que yo si lo hago a propósito?

G: Sí, lo hizo el otro día

P: ¿Cómo fue?

G: Nada, estaba amenazando... después me anunció que si me volvía loca me tenía que atender con otro. . . que toda mi familia iba a Participar del análisis. . . que iban a hablar con Usted. Me imaginé a mi familia viniendo a hablar con usted, era horrible.

P: ¿Cómo era eso de que ellos venían a hablar conmigo?

G: Que me iba a decir lo de mi familia por mi intermedio.

P: Entendió dos cosas distintas al mismo tiempo.

G: Entendí...

P:... La realidad es que no voy a hablar Con nadie sobre usted sin verlo previamente con

usted. Creo que ya me vio a mí arreglado con su familia, manejándola, tratándola aquí sí completamente chiquita.

G: Si yo pretendía.

No será su necesidad de estar usted presente. ¡Si voy a hablar de usted!

G; No, no es eso.

P: ¿Qué es?

G: A mi me llamó la atención, que mi familia en ese momento supiera su nombre, que supieran que me psicoanalizo.

P: ¿No lo sabe nadie?

G: No.

P: ¿Y cómo lo piensa solventar?

G: Yo. . . hoy le pedí trabajo. Espero que consiga algo... yo no quiero pedirle a papá, pero qué voy a hacer.

P: ¿No le quería pedir dinero?

G: No... empleo... yo no se.

P: ¿Esto está muy confuso, no?, un empleo que le solvete el análisis no aparece así no-más.

G: Espero encontrar algo, espero que sí.

P: Como si no quisiera admitir la realidad de depender de sus padres.

[Es evidente que, en su no solución al problema del pago de su tratamiento, estaba puesta su resistencia al trabajo analítico, su expectativa de magia y la puerta de escape que quería dejar abierta. También temió que yo, hablando con su familia, rompiera abruptamente los límites del consultorio en que me quería confinar. Además, pienso ahora que yo “amenazándola”, “poniéndola nerviosa” era una imagen sádica, y que ella en la última parte de la sesión procuró invertir los papeles y en cierta medida lo consiguió, “amenazándome” y “poniéndome nervioso a mí”.]

Pero en el proceso analítico con Griselda, una comunicación no prejuiciada de mi parte y abierta en cada sesión, ha contribuido a que ella y yo desemboquemos en hallazgos bastante inesperados. Así, la *segunda sesión* es iniciada por ella:

“¿Por qué usted piensa que yo no quiero crecer?”

P: ¿Qué piensa al respecto usted?

G: Yo, que empecé a comportarme como niña, como cuando entré al liceo..., no sé que haya pasado algo en especial.

P: Yo creo que usted tiene miedo a crecer. y además dudas de si podrá crecer [pausa]... como si fuera muy chiquita. . . como si no tuviera toda la cantidad de cosas que se necesitan para crecer.

G: Pero, ¿y miedo por qué?

P: No sé, me dice que es tan chiquita que no va a poder dar abasto, y por otro lado, que no tengo nada de niño.

G: ¿Yo le dije eso?

P: Creo que si; a través del problema de cómo pagarme. Se encuentra niña, sin fuente de ingresos no puede admitir la dependencia de su padre; luego con omnipotencia encara la realidad: “Yo empiezo el análisis porque en pocas semanas resuelvo el problema de trabajo”.

G: Yo sé que dependo de papá, pero no puedo depender ahora; por más que gane me van a mantener en casa, pero no puedo pedirle que me lo pague.

P: ¿Por qué no? [Se apaga la luz, creo que ella movió el cordón; no sé.]

G: Papá no me ha dicho que no trabaje, pero sí en forma inmediata; él quiere que yo estudie, que yo me reciba y trabaje [*llora*]... yo lo desilusioné a papá [*llora mucho*]... a mí me gusta mirarlo de frente y decirle que hace un año que trabajo, que me pago el análisis; en casa nunca nos obligan a hacer cosas, sólo para que estudiáramos.

P: Se siente obligada de entrada por mí. [Tiene sobresaltos.]

G: Y usted ‘tiene razón, pero no es eso, no quiero ver el problema. . . trabajar y conseguir esa cantidad es mucho; tiene que ser un empleo Privado [Se vuelve a prender la luz]. . . papá *l10s* ha ofrecido empleos. Yo nunca le pedí empleos a papá.

P: Pero es lo menos que le tiene que pedir.

G: Le tengo que pedir... si él me ofreciera... di sólo dos inyecciones; he hecho algunas infiltraciones de anestesia. Siempre con el miedo a hacer algo mal, hice algunas cosas mal [*Llora*]... una vez en el hospital, un niño con una encefalitis sarampionosa, yo no me daba cuenta de lo que tenía. A la semana siguiente se lo habían llevado al Filtro y se murió.

P: Ahí también, como estudiante, se encontraba chica. Usted me reprocha que yo no me haya dado cuenta de entrada y haya dado como implícita la

solución.

G: Cuando le pido que me ayude... yo en esto no podré hacer nada sintiéndome que las hago mal. Yo tenía razón..., cuando pensé que usted me iba a destruir, salí a buscar trabajo.

[Algo más adelante en la sesión:]

G: ¿Yo soy o me siento chica?

P: Usted me reprocha que no la dejé ser toda niña conmigo, y siente que en una parte la obligo a ser adulta.

[Ella se plantea la posibilidad *de empezar el análisis más racionalmente*, después de recibida (y es cierto que compartimos, ella y yo, la necesidad de empezarlo “irracionalmente”).]

G: Pero no me voy a curar en dos días, y menos aún si me falta el análisis.

P: ¿No tener resuelto el problema económico del análisis no es tener una puerta abierta para el escape?

G: No *se me pasó no hacer el análisis...*, el *suicidio* es una gran cosa, pero no me iba a animar.

P: ¿Dejar en el aire el aspecto económico del análisis, no es una puerta abierta para un suicidio parcial?

G: *Para mí el suicidio serio quedarme en casa.*

P: Justamente, dejar en el aire el aspecto económico es un suicidio parcial.

G: El análisis lo tengo como medio de llegar a algo [llora], pero durante muchos años tener que vivir y trabajar para el análisis... yo sé que si quedo sola volveré a lo de antes... además no estaré segura que usted me sirviera.

P: Y fíjese lo grande que será su miedo *que deja una* puerta abierta para escaparse de esto tan vital.

G: No puedo dejar de hacerlo; mi tío terminó loco, vivió una vida angustiada; mis tíos son distintos.

P: Me hace sentir que hay un deseo auténtico en usted de analizarse, pero hay tanto miedo que se corre el riesgo de dejarlo en el aire para tener una puerta de huida.

G: En el aire está siempre..., son varios años suponiendo que me casara, o que tuviera que mantenerme a mí misma, o que me quedara sin familia.

[Al final de la sesión hace cálculos de que el análisis le saldrá unos 20.000 pesos por mes; yo le pregunto si eso está dentro de las posibilidades de sus padres y ella me dice. “Yo no estaba pensando en papá”. Se va sin darme la

mano.]

Tercera sesión

G (respiración ansiosa ¡Ay!, no sé si quiero... una vía de escaparme del análisis [pausa]. . . Yo no hablé con papá por muchas razones, pero si en el fondo no es más que buscar la salida... es lo mismo que hable o no.

P: No entiendo.

G: Yo tengo una serie de razones por las que no le hablo a papá, es como esconderse para vivir libre.

P: ¿Y qué piensa?

G: Yo no sé... a veces pienso si no busco en el análisis volverme loca para perder el miedo.

P: Y volverse loca sería estar trancada por la precariedad del análisis, por el hecho de estar en el aire lo económico.

G: Cuando se empieza a escarbar durante el análisis.

P: Esto es el análisis ¿y que piensa de haber dado como resuelto el aspecto económico en sus entrevistas y traer de entrada, iniciado el tratamiento, que no está resuelto?

G: Yo pienso que tengo para dos meses: si yo trabajo y le pido un dinero, me lo da; si le digo que he resuelto analizarme... él *decide* replantear todo; porque para papá hacerse "hombre" es cinchar como una mola y cobrar poco.

P: ¿Usted quiere hacerse hombre?

G (se ríe) Yo le tengo que hablar como una persona adulta, no como uno chiquilina. Tengo un primo que trabaja de peón en una estancia.

P: ¿La estancia de su papá?

G: Trabaja allí; vio un psiquiatra. Papá dice que las cosas se arreglan con trabajo. Hasta que papá yo vea que yo trabajo, no le voy a pedir nada porque él va a disponer por mí. [Ahora Se me hace presente que cuando, un año más tarde, ella le pidió a su padre dinero para su análisis, ya trabajaba como transfusionista en un hospital, y no me acuerdo si ya cobraba algo por las guardias.]

Poco después, G: No es ningún burro papá, pero le gusta decir que Freud está pasado de moda, que los complejos no existen. No aceptaría un análisis; la misma actitud adulta que tengo que tener con usted la tengo que tener con él,

para poder conseguir algo. En casa hay algunos dichos... mi madre ante un gasto extra dice, "Preferible gastarlo en esto que en psiquiatra". Cuando mi hermana estuvo enferma les pareció lógico que consultare con un psiquiatra, pero como cosa pasajera.

P: ¿A usted le parece que su padre no establece diferencias en cuanto a modo de exigencia a las mujeres y a los hombres?

G: Sí, a las mujeres las mima mucho más; tenga o no tenga dinero, papá se queda tan chocho de ver a un hijo o hija trabajando, disfrutando, pienso que se siente tranquilo de que nos podamos ganar la vida. No nos da dinero... lo que necesitan los jóvenes, dice, son oportunidades de trabajo, de vinculación.

P: Así que usted está segura de que él le va a dar oportunidades de trabajo.

G: Hoy no del todo; con papá no se puede ser débil.

P: ¿Por qué?

G: Porque entonces trata como con niños y resuelve él. Él sabe qué quiere de nosotros. Un análisis no entra en sus planes, porque revuelve en el porqué de las cosas, lo rechaza.

P: Se trata de que lo acepte no para él sino para usted, que lo considera su camino.

G: Cuando los caminos divergen con papá, él se impone; cuando mi hermano Pedro tenía

23 años y se arregló con la cocinera, se lo dijo a papá. Lo puso de obrero, no dejaba que se

casara, lo hacía ganar poco dinero él no hace mal!

P: ¿No?, usted lo describe destructor.

G: Él es un sádico, en todos lados sale con la suya.

P: Pienso que para usted ser mujer es ser la víctima del sádico, entonces más vale ser hombre, que tiene un poder aunque sea sádico... y usted me comparó con su papá; ¿cómo es eso?

G: Yo dije que usted me exige un comportamiento adulto, y papá.

P: ¿A qué se refiere cuando dice que le exige un comportamiento adulto?

G: Usted ayer estaba muy protector, el lunes como analista.

P: ¿[...]?

G: El lunes usted... no sé, yo sentí que usted exigía de mí un comportamiento que yo no sabía cuál era. Usted decía alguna cosa pero yo no me animaba a decir nada, me parecía que estaba fastidiado.

P: ¿Y?

G (llora): Ayer no.

P: Sigamos con el detalle del lunes y de ayer.

G: Ayer estaba excesivamente protector, como si sólo por llorar estaba angustiada.

P: ¿No lo estaba?

G: Yo necesitaba desahogarme, pero podía desahogarme; quiero decir, me trataba como una niña chica, pero yo después pensaba que no sólo ésa soy yo, y que cuanto más amable fuera usted conmigo, más avergonzada me iba a sentir después.

P: ¿Más avergonzada cómo?

G: Cuando tenga que decirle cómo soy.

P: ¿Usted por buena relación entendía nene buena?

G: Sí.

P: Algo que usted dejó trunco, ¿por qué estaría yo fastidiado? Usted me siente fastidiado, ¿y por qué piensa que estoy así?

G: Creo que era cuando me decía que yo era una niña chica.

P: Es decir que usted el lunes era la nene mala, y ayer la buena.

G: No, usted el lunes me sentía insoportable; con lo del pago.

P: La nena mala sería la de la trampa, me dio como resuelto algo que no lo estaba.

G: Yo no entendía lo de la nene chica, pensaba que usted suponía un nivel y que yo debía enfrentarlo [respiración espasmódica], y yo del Sueño pensaba otra cosa, yo quería la puerta Para irme y no sabía cuál era.

P: ¿Y para irse de dónde?

G: Del análisis.

[Yo le intento aclarar que ella quiere huir de lo infantil que reencuentra en el análisis.]

G: *No es sólo infantil, lo que quiero sacar de mi es otra cosa!*

P: ¿Qué es esa otra cosa?

G: (*angustia enorme*) : Usted lo dijo.

P: *Querer ser hombre.*

G: Quiero sacar de mi lo que puedo tener de hombre, incluso el sentir de que el trabajo es cosa de hombre; con el médico que me Ira-loba, yo pensaba que tenía que tener algo concreto de hombre, quería un examen del quiste.

P: ¿Y no se lo hizo?

G: Y pausaba que si tengo algo lo tengo en la cabeza.

[Se va de vuelta sin darme la mano.]

Cuarta sesión [Jueves]. Le abro la puerta unos minutos tarde. Se acuesta mirando la pared, me oculta el rostro; levanta la cabeza varias veces.

P: Durante unos minutos me oculta el rostro, como ayer y anteayer se fue sin darme la mano. [Aumenta su ansiedad, se sienta en el diván, su pelo le oculta la cara.]

Silencio

P: Como si estuviera angustiada de mostrarme tanto y de contactar tanto conmigo. [Se acuesta de nuevo.] Es difícil juntarse con lo que dejó ayer aquí, con lo que dejó puesto en mí. [Levanta la cabeza, toca la pared.] ¿Qué toca en la pared?

G: No sé.

P: Me muestra que quiere tocarme a mí.

G Ah, ¿por qué? [grita]

P: ¿Y no quiere ver cómo soy? [Se contorsiona, está en una situación difícil, ansiosa, copla] Al mismo tiempo me siente dentro suyo y me quiere expulsar, por eso sopla. [Levanta la cabeza. Mi letra no es clara en esta parte de la sesión. Poco más adelante ella jadee y yo le pregunto si me muestra que quiere que yo la bogo mujer. Ella me recuerda que yo le dije que quería ser hombre; yo le señalo que *niega lo que ella me trajo, porque parece que le quemara dentro* (era la sensación que daban sus movimientos corporales). Ella se *pone a llorar, con sacudidas espasmódicas.*] Ahora se lo quiere sacar por la boca rápidamente, como si soplara hasta que no le quedara nada adentro.

G: ¡Yo quiero que usted me ayude!

P: ¿A terminar el análisis de una vez?

G: A sacar el miedo y la tranquilidad de no poder pagarle para seguir.

P: ¿Qué es eso de la tranquilidad de no poder pagarme?

G: Si no lo arreglo ahora, dentro de dos meses me hundo.

P: Y al mismo tiempo siente que me hunde a mí. . . “Si no te pago y me dejás en este estado, pasarás a ser un analista desalmado”.

G: ¿Desalmado por qué?

P: Porque cobro.

G: Yo no sé.

P: No sabe si es de verdad una cobro, exigirle que pague es ya de entrada exigirle un cambio.

G: Sí.

P: Y usted parece no estar dispuesta.

G: ¿Por qué no estoy dispuesta?

P: Quiere la tranquilidad de no pagarme, que es como tener la seguridad de que hay una parte suya que no cambia

G: (resopla): ¿Y es ésa la parte que yo quiero que cambie?

P: ¿Qué piensa usted?

G (levanta la cabeza con un movimiento intenso): ¿No quiero yo dejar mi parte infantil?

Silencio

G: ¿Es eso?

P: ¿Y qué piensa usted?

G: No sé, pienso que es eso.

P: ¿Y qué es para usted esto de no querer cambiar su parte infantil?

G: Apartarme de mi familia y dejar que Usted me mande.

P: ¿Eso qué sería?

G: Cambiar.

P: Usted no quiere que yo tenga el control de esta situación, sino tenerlo usted; quiere lograr que yo no le cobre y le exija un cambio. y quiere dejar una puerta abierta para interrumpir el análisis, con el motivo-pretexo de que no puede pagarme.

G: ¿Por qué no quiero darle el control a usted?

P: Porque me tiene miedo.

G: Sí, ¿y si se arregle ese miedo todo pasa?

P: ¿Cómo se arregle?

G: No sé.

P: Algo así como que se lo borre con un pase mágico.

G: ¿Saber cuál es el miedo?

P: Usted ya ha dicho algunas cosas; que le haga sentir angustia y la enloquezca; que la trate tan despóticamente como siente que es el trato de su padre; que sea tan inútil como siente que es su madre para enfrentar los

problemas; que le exija cambios a usted, que usted no ha previsto hacer. [Da la impresión de estar vuelta hacia dentro, pensando.] ¿Qué piensa?

G (tranquila): Es el miedo al poder absoluto que usted va a tener sobre mí

P: Y por eso de entrada trata de limitar mi poder con lo del pago.

[Al irse, me da la mano]

Segunda semana. Los *objetos de la pieza* cobran definitiva importancia. Cosas que habitualmente no advierto, se cargan de tensión y significado, una vez comenzada la sesión. Una silla movida deja un horrible y escandaloso espacio vacío. Un cenicero de pie (un soporte de madera, una hemiesfera de cobre encima) que está al lado de su diván, se puede decir entre ella y yo, se transforma en vehículo conspicuo de nuestros intercambios. Si está un poco más adelante, un poco más atrás, más lejos o más cerca de ella, si alguna vez no está, son todos acontecimientos llenos de sentido para nuestra relación. *Sus actitudes y movimientos corporales* son otro hecho de capital significado en sus mensajes. Se yergue; mira contra la pared; pega saltos y grita; queda corno “estaqueada” en el diván; se revuelve espasmódicamente; pasea sus ojos, como un ave nocturna, por la pieza; se me acerca lánguidamente en una actitud de entrega. Otra particularidad de este período del análisis de Griselda, que quiero destacar, la constituyen las *fantasías contratransferenciales* que tengo a la entrada de la sesión; suelen ser corporales y, por “loca” que sea su apariencia, me son una guía muy apreciada en el transcurso de la sesión.

Quinta sesión (lunes). Anuncia que el padre le buscará trabajo, que habló, que él dijo entender que algo le pasaba en la carrera, aunque después no comenté más el asunto. Lloro por su padre que está viejo y la necesita, y yo no. Me pide (llorando) que no la haga odiar a su padre. Más adelante habla del cenicero y anuncia que, lo que éste representa, algún día se va a romper; lo que representa, no una rotura física”. Dice que “parece un símbolo femenino y un símbolo masculino” (lo toca). Al final, le digo:

“Está queriendo pensar cómo será el análisis” y ella: “Todavía no sé”. Yo le doy la mano, la sorprende que termine la sesión.

Sexta sesión (martes). Llega 10 minutos antes; se sorprende al verme abrir el consultorio. Al sentarme, tuvo que cambiar el cuaderno, creo que se sorprende

de mi movimiento. Estando acostada, yergue la cabeza, con sacudidas repetidas. Pasa la mano por el aire, como que lo limpia, cubre con ella el cenicero. Yo todavía no entiendo bien. Sacude la cabeza.

P: ¿Qué mira cuando levanta la cabeza?

G: Nada en especial.

P: ¿Es como si quisiera sacar algo de adentro?

G: No sé.

P: ¿Por qué piensa que lo hace?

G: No sé. [Sacudidas de cabeza.] ¡Ah!. . . yo qué sé qué me pasa.

P: ¿Podríamos pensar, los sacudimientos de cabeza de alguien que se siente atado?

G: No sé.

P: Yo pienso que se siente atada ya a esta Situación conmigo [da un salto], un prisionero que se mira atado y que se mira a ver si puede moverse todavía, y siente algunas palabras mías Como un latigazo.

G: Y, bueno...

P: Se siente como en un cepo de tortura.

Pausa.

G: ¡Ah! [Se revuelve sobre el diván, provoca ruidos en el cuero, que me suenan a la expulsión de gases intestinales.]

P: Como sintiendo recibir golpes o pinchazos.

G: No siento nada.

P: Si tiene esos movimientos es porque siente algo.

O: No sé lo que siento.

P: No quiere saberlo.

O: No sé.

P: Creo que la situación de prisionero se le agudiza con haber resuelto el problema económico, si es que lo ha resuelto.

O: Y bueno, siempre lo mismo [Acerca el cenicero.]

P: ¿Qué es siempre lo mismo?

G: El no querer hacerlo.

P; Pienso que son las dos cosas, porque acerca el cenicero, que es como querer hacerlo. [pausa] ¿Tiene la impresión de que se sorprendió cuando abrí la puerta?

G: Sí.

P: ¿Cómo fue eso?

Silencio

P: ¿Por qué le es difícil hablarme de esa impresión sorprendente?

G: ¡Ah! [chista]... yo sabía que usted no estaba.

P: ¿De dónde sacó la certidumbre?

G: No estaba el coche, no se sentían voces, vi la puerta un poco entreabierta, no sé, pensé, "a lo mejor está".

P: ¿Y entonces?

G: Sentí el ruido, pero me pareció que se había golpeado sola, no sé; lo hizo a propósito.

P: ¿Con la finalidad de?

O: No sé, de ver cómo reaccionaba.

P: Por un lado siento que no sabe por dónde voy a aparecer, con qué le voy a surgir.

O: No sé.

P: Y por otro lado parece que se siente objeto de un experimento.

G: Sí.

P: Si unimos las dos cosas: yo, un experimentador que no se sabe por dónde va a aparecer.

G: Sí, si eso resulta algo positivo... pero a usted no le importa lo que resulte.

P: No sé... podríamos cambiar el cepo por la mesa de experiencia, y usted pinchada en sus extremidades y estimulada.

G: A veces no puedo hablar..., y yo siento interpretada como un niño que no sabe hablar aún, o como una irracional.

P: ¿Y se asusta por eso?

G: No sé.

P: Pero busca sin embargo un lenguaje de comunicación que no sea el racional de todos los días, y por eso acerca el cenicero.

G: No sé... hay cosas que no las puedo decir con palabras.

P: ¿Pero siente que mis palabras se aproximan a esas cosas?

G: Bueno, tarde en darme cuenta [sacude la cabeza]. . . ¡Ah! [sacude la cabeza]

Pausa

P: Pienso que ese tardar en darse cuenta habla de la distancia entre lo que

piensa lógicamente y lo que expresa con su cuerpo; como si su mente no se enterare sino con dificultad de lo que expresa su cuerpo.

G (en actitud de quien está mamando y espera todavía más): ¡Claro!

P: Pero el pensar sobre el cenicero parece una manera de aunar ambas cosas, mente y cuerpo.

O: Bueno [respire]. . . el cenicero está fuera de mi por ahora., por eso no le tengo miedo.

P: ¿Usted siente que lo que dijo de lo femenino y del soporte masculino es algo intelectual puramente?

G: No sé, no se.

P: ¿Algo como para conformar al analista?

G: ¡Ah! [ruidos con la boca]... no sé, ¡ay!, ¡ah! [siguen las sacudidas] ¡ah!

P: Está tranquila cuando el cenicero está fuera, pero cuando se lo empiezo a meter dentro, mire los gritos que paga.

G: ¡Ay!, ¡ay!, yo sé [voz de grito contenido] que cuando se separen las dos partes va a ser horrible, me voy a sentir horrible.

P: Y la media naranja, corno usted le llamó, ¿qué parte femenina puede ser?

G (grita): ¿Y por qué me pregunta algo tan Obvio? [En medio de sus gritos de dolor y de espanto, le digo que quiere detener el conocimiento; que también le duele conocer.]

G: ¡Déjeme no decirlo! [y, como *alucine-da*.] Es un seno cortado, ¡ay!, ¡ay!; ¡ay!, ¡no!

P: ¿Se *siente* castigada?, ¿se siente herida en su Cuerpo?

G: ¡Ay!

P: ¿Se siente culpable de haber cortado el seno y teme que yo la castigue?

G: ¡Ay! [Llora, se yergue, mira la pared, me da la espalda.]

P: Como si sintiera que esas cosas tiene que ocultármelas.

G: ¿Por qué me acuerdo de cosas?

P: ¿De qué?

O: De una foto.

P: ¿[...]?

G: De Mira y López, en el capítulo del dolor....., de torturas, una mujer colgada, crucificada, le cortaron los senos, y está desnuda.

P: Porque es lo que usted siente, que yo la estaba crucificando y cortándola.

G: Como en anatomía, como cuando los muchachos disecaban.

P: Me siente un disector y parece que no me puede sentir de otra manera.
G (sigue posesionada por su visión): Abajo, debajo de la foto, describe la cara de la mujer, y los grados de dolor... tiene los pelos parados como alambre. . . desnuda, como un animal.
P: Fíjese, es usted acá, quizá yo no di con los términos exactos: pinchazos, latigazos, cortes.
[Parece que se va alimentando; se levanta con dificultad. Me da la mano.]

Séptima sesión (miércoles). Llega de 6 a 7 minutos antes. A la hora, la hago esperar un momento, durante el cual yo entro a sacar el cuaderno. Luego, ya sentado, me abrocho la bragueta y me digo: “¿látigo-pene?”. Al cabo de un minuto inicial muy largo, de un silencio quieto en apariencia, empieza ella a resoplar, con las manos clavadas en el diván, aumentan las sacudidas y las espiraciones (me pregunto por mi auto).

G: Ayer me asusté antes que usted abriera la puerta, no sé por qué.

P: ¿Y hoy?

G: ¡Ah!, ¡ay mamá!..., pero yo nunca me asustaba, y que estuviese oscuro del otro lado, sólo de chica... ¡ah! [sacudidas]..., pensé que no me podía asustar y apareció usted...

P: ¿Y?

G: No sé, como una pesadilla..

P: ¿Cómo me vio en ese momento?

G: No me acuerdo... no, como [gritado] algo que yo quería que no estuviera y estaba... ¡ah!... ¡ah!... ¡ay!... ¡ah!

P: Pensando en un niño y alguien que la asusta saliendo de la oscuridad, parece el cuco.

G: Pero yo sabía que no existía y apareció.

P: Es de los fantasmas o del cuco que se dice que no existen.

O: No sé... el miedo a la oscuridad detrás de una puerta.

P: ¿Lo tenía de niña?

G: ¡Ay! [grito] ¡sí! De niña dejaba la luz prendida... yo no sé qué miedo era.

P: Podrá ser qué miedo es, porque lo tiene actualmente conmigo.

O: No sé... ¡ay! [grito]

P: Hay algo de lo que no habló.

G (su grito interrumpe): ¡Ay!

P: ...Como si mis palabras fueran azotes.

G: No sé qué es [habla como castigada]; hay tanto de lo que no se habló.

P: De mi barba.

G: De eso [sacudida]... ¡ah!

P: ¿Por qué dijo 'eso' con respecto a mi barba?

G: ¡Ah! [como en un sueño], no dije eso... ¡ah, ya sé!, me toqué la cabeza... ¿qué quiere que le dije?

P: Se siente como en un interrogatorio policial, en la línea de lo de ayer, de lo de Mira y López.

G: ¡No sé por qué, por qué!

P: ¿Por qué, qué?

G: Por qué lo siento así a usted.

P: Ayer habló de la media naranja como un seno cortado, pero no habló del soporte.

G: No, no.

P: ¿Y qué se le ocurre del soporte?

G: ¿Qué va a pasar hoy'?

P: O, ¿qué está pasando?

G: ¿Qué va a pasar hoy?

P: Teme algo tremendo, ¿tendrá que ver con el soporte?

G: No sé.

P: ¿Por qué no trata de ver qué se le ocurre con el soporte?

G: Es un soporte de madera apoyado en un disco, se estrangule en el medio, es asimétrico, es un cono truncado y con un ánfora arriba, y está unido al cenicero y no se puede separar a mano.

P: Usted lo describe como un objeto inanimado, pienso que también debe tener un significado corporal, ¿usted dejó entrever que podía ser un pene?

G (lo toca de costado, lo mira) s No.

P: ¿Y qué era lo masculino que le veía'?

G: No... no es que le viera. . . pero es.

P: En una palabra: ¿lo siente así?

G: Le quise pasar la mano...

P: Para complacer al analista.

G: No sé, si yo confiera en usted no trataría de aparentar, de trampearlo; yo lo

siento como enemigo.

P: Como un torturador, un sádico.

G: No me puedo sacar de la cabeza esa sensación horrible de que yo hablo y usted apunta.

P: Como formando parte del interrogatorio policial.., está el que apunta.

O: A mí nunca me han pegado.

P: Usted habrá trampeado con lo del pene soporte, pero se siente castigada, pinchada, quemada, cortada por mi pene. La pregunta, “¿qué va a pasar hoy?” es, “¿qué me va a hacer hoy?” Con la idea de que tengo un buen número de planes siniestros contra usted.

G: No sé.

P: ¿A usted no le parece que le costó hablar de mi barba?

G: ¿Y qué quiere que le diga de su barba? más quedo:] No sé por qué se la deja, para parecer más viejo; ¿por qué me tiré del pelo cuando me habló de su barba?

P: ¿No habrá tirado de mi barba?

G: ¿Para qué?

P: Para arrancármela.

G: ¿Por qué?

P: De miedo.

G: ¿A qué?

P: Cuando usted habló de miedo a mí, saliendo de la oscuridad, pensé en mi barba. [De pronto siento sus ojos, vivaces, sobre mí.]

G: Es bastante repulsiva... repugnante.

Pausa.

P: ¿Cómo es esa impresión de repugnancia?

G: Desagradable.

P: Tan repulsiva que no quiere seguir hablando de ella, que es como no seguirla tocando.

G: La ignoro.

P: Aparentemente, por lo que veo es de las primeras cosas con quien [sic] se venía de la sesión anterior.

G: ¡Con quién! [asustada] . . . sólo ahora la miré con atención.

P: Tuvo que no mirarla para meterse en análisis conmigo.

G. (gritos de horror): ¡Ah! ¡ah!

P: En la imagen del torturador estoy yo con barba.

G No... su barba es repelente, parece vello... ¡vello sexual!. . . ay!

P: Es decir que todo yo me transformo en un pene que la castiga, que la tortura.

O: ¿Por qué?, ¿por qué?

P: La pregunta es por qué se habrá venido a analizar conmigo.

G: No sé. . . ¡ah! el primer día que vine, usted me dijo que yo me sentía como en una primera experiencia con un hombre, y pasó la hora y usted me dijo... bueno, seguimos mañana... ¡ay!

P: Sí, ¿y?

G: Ay. . . ah. . . y para mí fue lo mismo que me hubiera dichos va me acosté con vos y ahora andate.

P: Y usted desea un coito permanente conmigo.

G (echa los brazos para atrás): ¡Ay! ¡ay!... en los análisis la gente se enamora del analista y después lo odia... yo no quiero enamorarme de usted, porque cuando digo papá, usted dice Plá; cuando digo Plá, usted dice papá.

P: Están muy confundidas la figura de su padre con la mía, y mezclados el odio y el amor intensos... tan mezclados, que la tortura policial se parece a un coito muy agresivo... tiene algo de placentera la tortura.

G: ¡Ah!, vengo todos los días a recibir la paliza y usted apunta.

P: Usted viniendo intensamente y yo alejado, de escribiente, de policía, de experimentador.

O: Yo lo siento a usted como dos personas.

P ¿Cómo son?

G: No sé; una es un ser humano y otra es un analista que está atrás mío y que ayer casi me mata. . . no sé; usted quiso que yo lo sintiera así. Yo me sentaba allí... y después usted puso este sofá para que yo lo sintiera otro, y se sentó con esos lentes y me miraba. ¡ay, ay!.. se amasaba la mano, se burlaba de mi y usaba un tono horrible.. . como si yo fuera un gusano... pero usted quiso que yo me sintiera así.

P: Usted habla en pasado, y ahora, ¿cómo es la cosa?

G: ¡Ay!... ¡ay!... ahora no sé... no sé... no sé. . . [Estira la mano hacia mí.]

P: Pienso que me quiere tocar. . . contactar de nuevo conmigo, para llevarse mi figura de otra manera.

G: ¿Cómo se empieza?, ¿cómo se empieza?

P: Creo que no quitándole realidad a lo que ha vivido hasta este momento.

G: ¿Cómo se sigue?, ¿cómo se sigue?

Octava sesión. Hacemos una pausa, y ella se lleva un contacto cálido conmigo para el fin de semana.

Tercera semana. En ella, Griselda trae, con su masturbación, *su núcleo perverso*; lo trae como recuerdo de su época puberal; refiero sus fantasías a la transferencia: un hombre que torturaba mujeres inmovilizadas que no se podían defender, y con el cual se identificaba, un hombre muy degenerado violaba a otro muy débil, hombres que pervertían niños y niñas. Ella temía embarazarse con su masturbación, teme haberse castrado definitivamente.

Undécima sesión (miércoles, previa al primer feriado de su análisis, que determina una separación hasta el lunes). Llega cinco minutos antes de hora; empezamos treinta segundos antes.

G: ¡Ah! ¡jum! [ruido de carraspeo fuerte] ¡ah!.. ¡ah! [yergue el torso]... anoche usted estaba en mi cuarto..., pero no era usted... ¡ay!... era un pájaro grande ... era una cotorra... me cortaba la nariz con el pico.. ¡ah!... no se iba... ¡ah!.. ¡ah! No tenía miedo pero estaba ahí, no me podía dormir, ¡ah!.. yo había tenido una fantasía y usted la cambió.

P: ¿[...]?

G: Yo estos días lo veía a usted chico como un niño en mi falda; yo le daba el pecho y todo estaba bien... *pero usted tenía barba* [grita]... por eso no se lo quería contar... y anoche no lo podía separar... como el cenicero; ¡ay de mí!

P: ¿De quién?

G: Yo no sé... (Sacudidas, se levanta.)

P: ¿[...]?

G: (sentada) : Estaba prendido de mi pecho..., además no sé por qué le tengo que dar la espalda.

P: Para proteger su pecho.

G: No sé... porque también... no sé si quiero un hijo o no.

P: ¿A qué le llama un hijo?; ¿qué se le ocurre?

G: Debo querer ser hombre

P: En este momento hijo quiere decir pene.

G: No sé... yo pensé eso...

P: Y yo le corto el pene-nariz con un pico; pienso que el deseo es prenderse usted de mi pecho, y más hoy, que mañana es feriado y que luego viene una serie de días.

Os Yo quisiera dejar todo claro. . . como el jueves pasado. . . usted me preguntaba si creía que yo me había arruinado con la masturbación..., creo que era mucho más un síntoma de algo que andaba mal.

P: ¿[...]?

O: No sé, ¡ah!... por qué hacía eso.

P: ¿Y cómo era eso: yo de barba prendido a su pecho?

G: Usted era chico.

P: Como si le hubiera salido mal la inversión de los papeles... porque es usted que se siente chica y con deseos de prenderse de mi pecho, de mi pecho-pene.

G: Era así y los dos en paz.

P: Porque lo bravo es cuando yo soy grande. . . , y usted me necesita y yo la abandono el fin de semana.

G (sentada): ¡Ah!... no sé., yo a veces quiero tener hijos de otro padre... no sé por qué lo asocio a usted.

P: No sabe si yo quiero tener hijos con *usted*, o si quiero ser su padre [pausa]. . . y, ¿qué se le ocurre de la cotorra?

G: A mí de chica me asustaban con una cotorra... ¡ay, *anoche me dejaste con hambre!*...[pérdida psicótica de la ambigüedad]... cuando yo no tomaba la leche de chica, me llevaban al cuarto de la empleada a ver una cotorra enjaulada. . . yo no comía, tiraba la comida.

P: No se sabe si yo la dejo con hambre, o si usted rechaza mi comida.

G: Fue anoche, después de comer... ¡ah!, no la quiero ver más, no me animo a pensar si sus ojos serían como los suyos.

P: ¿Cómo son mis ojos?

G: No hay nadie atrás. . . usted mira a través de ellos como si no fueran los suyos.

P: ¿Do quién son?

G: ¡Ay!, ¡ay! [grita]... ¿por qué grito?. . . el primer día que vine pensé... ¡ah, no fui yo!... creí que se abría la puerta.

P: Es que sus gritos estén destinados a ser oídos.

G: Yo no sé si cuando empiezo a hablar de algo es porque quiero seguir..., me parece *que*

P: Sí.

G: Bueno, yo el otro día lo miraba, pero eran no los mismos ojos.

Usted iba a decir algo de mis ojos el primer día,

G: Se parecían a los del chiquilín que le hable.

P: Que mi pene sea chico para no tener miedo, pero mi barba le hace sentir a mi pene grande.

G: Pero es que yo quería tener un hijo de él... es un *adolescente*

P: Pero has sesiones que me prefiere de pene chico.

G: Son dos personas de las que yo le hablé, hoy me interesé..., no es que yo crea que son dos personas distintas... los adolescentes crecen y se independizan y no necesitan de una madre... los niños son niños.

P: Los adolescentes son en parte niños y en parte grandes; de todos modos, frente a esta madre, usted se hace la grande,

G: ¡Ah!... él me acepta como soy.

P: ¿Y yo?

G: No.

P: Piensa que usted se quisiera apoderar de mi pene, para pasar el fin de semana.

G: Ya empieza...

P: Para comerlo el fin de semana, para tener alimento.

G: Bueno, y ¿por qué se me ocurren esas cosas raras?; ¿por qué lo quiero comer?

P: Siente que en estos días va a quedar vacía... al mismo tiempo que se quiere apoderar de mi pene, rechaza mi leche porque la abandono, y queda con hambre.

G: ¡Ah! [Sigue sentada, y luego de una pausa, se acuesta.]

P: ¿Qué se le ocurre con eso de la cotorra y que usted no le tenía miedo?

G: No, pero me agarraba de la nariz, yo tenía miedo de tener miedo. . . porque otras veces que había visto pájaros, había sido hombre.

P: ¿Cómo fue?

G: ¡Ah!... miraba. . . los ojos; estaba en la puerta de mi cuarto.

P: ¿Usted se refiere a aquello del pollo adolescente?

G: Aquello, yo tenía mucho sueño... además sentía como unos palillos que me

agarraban la boca. . . horizontal y después verticalmente.

P: Como unos penes que tuvieran boca.

G (sentada): Sht, yo qué sé; pero, ¿por qué veía cosas raras?

P: Y no sé si no las ve ahora y por eso tiene que estar incorporada.

G: Si las viera ahora, me asustaba mucho... un día [se incorpora]. . . este chico recogió...y me lo mostró y me asustó horrible..., era el ojo de vidrio de la que trabaja en casa., yo había leído por ahí que el ojo es el símbolo neurótico de la angustia.

P: ¡Diablo!, ¿y eso qué es?

G: Y será los ojos de Galeano.

P: ¿[...]?

G: Esos ojos grises...

P: ¿[...]?

G: Yo había ido a alguna visita del hospital con él... pensaba que no me atendería con él.

P: Yo miro con los ojos de Galeano.

G: No, usted está atrás..., no, sus ojos son negros.

P: Como que mis ojos la persiguen, porque siente que la sorprendí masturbándose.

G: Pero aquel pollo quién era, que me miraba desde la puerta.

P: ¿Y la cotorra?

G: ¡Ay!, ¡ay! [gritos enormes]. . . no me haga gritar. . . yo no quería verle los ojos a ella... yo no me animaba... ¡ay!, que no la quiero ver más.

P: Por eso me da la espalda.

G: Pero no es usted.

P: Creo que sí.

G (me mira): ¡Ay!, ¡ah!

P: ¿Cómo me ve?

G: (se incorpore, salta): No sé, es usted. ¡es usted! ¡Ay, ay! ¡Ah! [cuando la miro da vuelta la cabeza]. . . es usted... lechuza. ¿Quién es?

P: ¿Quién soy yo?

G: Una lechuza es un pájaro que tiene los ojos juntos, que no se cierran, como el ojo de su calavera. [Se refiere a un preparado de los nervios craneanos, de mi consultorio.]

P: Que miran siempre.

G: Como mi abuela.

P: ¿[...]?

G: Mi madre me decía que siempre mi abuela, donde estuviera, me miraba del cielo.

P: Es decir que yo soy también su abuela.

G: Debe ser, ¡ay!... mi abuela era una víctima de mi abuelo. . . usted no es víctima de nadie... ¡ah!

P: Usted ha querido hacerme víctima suya.

G: ¡Ay!, no sé si puedo querer eso.

P: Y sobre todo, el fin de semana.

G: ¡¿Siempre va a ser así, antes y después de cada fin de semana, siempre igual?!... ¡Ay!, y usted en casa.

P: Adentro suyo... haciendo lo que usted fantasea hacer dentro mío.

O: ¿Y qué fantaseo?

P: Ser un ojo que mira todo lo que hago, ser un pico que picotee. . . sentirse muerta por la separación... y ser ojo dentro mío, el de una muerta.., que me quiere dar muerte.

G: ¡Y bueno, si yo me muero, muérase usted también!

P: La confusión..., no se sabe quién es víctima de quién, o usted de mí o yo de usted.

G: ¡Ay!, ¡ay! [grito de terror]

P: En este momento de los gritos, usted era la víctima.. . y por eso sus gritos son una denuncia pública. [Me roza los pies con la mano.]

G: ¿Y por qué le toqué el zapato?

P: ¿[...]]?

G: Tiene que haber sido un sin querer queriendo.

P: ¿Y que sintió?

O: Me asusté.

P: Me parece que quiere saber si el contacto conmigo, tocar mi cuerpo, realmente la lastime.

G: Y bueno, parece que si.

P: Parece que a los demás les quiere decir que sí, y los entera con sus gritos, pero a mí me hace saber que no es para tanto.

G: ¡Ah! [Me mira, sonrío algo.]

P: Quiere ver dentro mío. Y, ¿qué ve?

G: Nada, usted no deja... ver nada.

P: No sé, pienso que me chupa con la mirada.

G: Y bueno... ¿Está mal?

P: ¿Teme el castigo?

G: No se va a enojar por eso, no. ¿No?

P: No sé si teme que me enoje yo, o que se enoje un tercero o tercera.

G: ¡Quién! ¿Y cómo voy a saberlo?

P: Está claro que yo siento que al mismo tiempo teme y no teme que yo me enoje.

G: Yo pienso que no tiene por qué enojar-se.

P: Pero su tono de voz...

G: Y si se enoje, ¿qué le voy a hacer?... qué sé yo.

P: Por un lado me siente capaz de enojar-me... y por otro, siente que no me voy a enojar.

G: Sí, es así... bueno..., si usted piensa que lo estoy mirando no se puede enojar..., pero pienso que a lo mejor se da cuenta que lo miro como diciéndole que soy capaz de mirarlo el feriado

P: Como un desafío, y entonces se asusta.

G: Usted sabe todo lo que pienso.

P: [Estornudo.]

G: Además que le podía pedir que se sacara los lentes.

P: Sin nada interpuesto.

G: Sí.

P: ¿Cómo sintió mi estornudo?

G: Nada... tos... ¿Por qué?

P: No sé si no le dio miedo que yo la sacara de dentro mío.

G: Para eso tendría que pensar que estoy dentro suyo.

P: Y en su pieza...

G: No sé.

P: (con la voz algo tomada): Seguiremos el lunes.

Cuarta semana. Surge la fantasía de multitud de abejas-gusanos (picadores, chupadores, comedores, destructivos) detrás de un vidrio, que hacen ruido con sus pies, pugnando por romper el vidrio. En un momento parecen salir de mi pierna, en otro están dentro de ella. A través del interjuego de las

identificaciones proyectiva e introyectiva, que se muestran en Griselda en su primigenio carácter de intercambio corporal concreto de objetos parciales, se procese la interpretación de partes voraces perseguidoras, múltiples, que se sienten a través de la defensa y que amenazan romperla. En la *quinta semana*, emerge la fantasía del santo muerto-vivo, en el que se muestran, condensados y coagulados: sus figuras familiares, sus problemas con el dinero, y el sexo más tremendo.

A los 7-8 meses de iniciado su tratamiento, escribí este comentario a propósito de la undécima sesión y de los primeros seis meses del tratamiento de Griselda: “En esta sesión, aparece como un inmenso muestrario de cosas vivas y muertas. Esta sesión es un mundo, superficie anfractuosa, red de partes desconectadas, como un enorme cuerpo sobre el que paseáramos una lente de gran aumento, en un movimiento a la vez muy rápido y muy lento, que borre o desdibuje los límites temporales y espaciales: la cotorra y el lactante con barba, la cotorra y los otros pájaros, los palillos-penes con boca, mis ojos, los de la abuela muerta, un ojo de vidrio, la angustia, De pronto le emergencia (convergencia) psicótica: «¡Ay, anoche me dejaste con hambre!» Y esto vale para muchas sesiones. A veces algo que digo, ella lo sigue otro día. Otras me ayuda a traerla al aquí y ahora psicótico. Otras me revela la vivencia persecutoria que aclare algo ocurrido semanas atrás. Somos como dos pájaros apareados en un vuelo árido, sí que complementario, que de pronto desembocen en la presa-alimento-material emergente. Y se nutren vorazmente. Creo que puedo decir por Griselda: no siempre se come bien, no siempre se come, ni siempre se crece, pero se come y se crece.”

Este comentario nos ayudará, creo, en el camino de conceptualizar más precisamente este primer periodo, al que denominarnos *de lo comunicación oniroides*, del análisis de Griselda. Luego será imprescindible ubicarlo dentro de una perspectiva general del proceso, en curso, de este tratamiento.

IV a

Muestrario, red de partes desconectadas, mundo, cuerpo. Enormes, inmensos. Anoche, va a pasar, hoy, hace no sé cuánto tiempo. ¿En mi pierna o en la de ella? Aquí en su pieza. Miro con *mis ojos*, pero hay otro también que mira con

los míos. Están todos los ojos presentes en este momento. Paseamos una mirada rápida y lenta, con una lente de gran aumento. Somos mirones sin vende. Somos complementarios pájaros de presa, tenaces en la búsqueda de comida, pensamiento. A la caza de lo múltiple, vamos unificando significados. Griselda *no puede decir todavía* s anoche yo soñé, *en mi cabeza, este sueño que ahora le cuento. Solamente puede vivir, conmigo, una peripecia dramática, cuyo texto me transmite con el lenguaje de su cuerpo y sus palabras, y en la cual los términos “yo” y “usted” sólo son confiables* Cuando habla la espectadora, *que me dice lo que Pasa en la escena y me pregunta por su significado* Simultáneamente *habla-actúa la actriz. Una actriz muy singular que, unas veces en forma simultánea y otras en abanico sucesivo, representa y alucina una trama abigarrada en la que participan objetos materiales que cobran vida, animales, partes corporales y, por qué no, personas; y en la que cada participante resulta de la condensación, del abigarramiento, de contenidos de las más ubicuas procedencias espaciales y temporales. Movimiento de los participantes y mirada nuestra se aúnan para borrar los límites habituales del espacio y del tiempo. Para crear un espacio-tiempo de riquísima posibilidad plástica, en el que la materia-personajes se nos ofrece, a ella y a mí, artesanos complementarios, accesibles para nuestras manos-pensamiento, ahora con una inédita capacidad modificadora. De alguna manera, pacientes y analistas hemos inventado el mejor de los teatros.*

¿Y cómo es *la escena* en este período del análisis de Griselda? ¿Qué nos dice de ella como sujeto?

Muestrario, mundo, cuerpo. Sí, todo mundo tiene su sujeto. El mundo de todos, que es humano (su sujeto es el conjunto de los hombres), y el personal de cada uno; dialécticamente vinculados. El mundo de Griselda es cuerpo, y cuerpo-muestrario, cuerpo-colección de objetos terroríficos, que aparentemente nada tiene que ver con el mundo de los demás. En verdad, ajenos son los dos para esta Griselda. Aletargada, deambulando sonambúlicamente, sólo dispone de su cuerpo-mundo, de ella misma como sujeto pues, en la ensoñación masturbatoria y en las charlas con su amigo adolescente. Y aun en este marco restringido, ¿dispone? Su análisis nos revele, en este período, hasta qué punto no. Todo el sujeto que tiene pare sí lo utiliza en el acto de analizarse. Pueden entenderse sus sesiones como una masturbación mediante la cual saca para afuera, de su cuerpo inanimado, este cuerpo sujeto-mundo ahora sí animado.

Como un diálogo conmigo para discernir en esta trama abigarrada quiénes están en ella, o de quiénes son las partes que están en ella (la trama y Griselda se confunden).

¿Y el *escenario*? Ya lo he adelantado. Yo-espacio de la sesión soy la madre-cuerpo; dentro de la cual ella sueña y se diferencia. Inspirándome en Lacan, puedo decir también que soy el otro, frente a quien, y con quien, Griselda rompe con su ficción narcisista de ser un sujeto, de disponer de un sujeto, cuando en verdad no lo es, cuando no dispone de sí misma. Me gusta mucho más establecer que Griselda es *co-inventora conmigo de un teatro extraordinario*, en el que un ser tan comprimido y atomizado como para carecer de sujeto, de cuerpo y de tiempo delimitados —y no poder decir: “Yo, en y con mi cabeza, soñé”—, un teatro en el cual, digo, puede utilizar la riqueza que conserva, su imaginación para abrir, conmigo, los esquemas espacio-temporales que la encierran, e iniciar así su reconstrucción. *Porque la próxima etapa de su proceso estará centrada por la posibilidad adquirida de decirme: “Yo soñé”, y por el análisis de lo que hace con esta posibilidad.*

IV b

He aquí un cuadro descriptivo de las etapas IV b de este proceso. Un cuadro (verdadero) tan simple que hace pensar. Hasta es una verdad bastante aproximada su división por años. Primer año: trabajo interpretativo sobre la fantasmagoría alucinada en el espacio ubicuo de la sesión. Segundo años trabajo sobre la comunicación de sus sueños, sobre su contenido y modo de transmitirlo. Tercer año: trabajo sobre sus experiencias personales (en este caso, lo de personal no es una redundancia) en la realidad exterior: primeros coitos, nuevas maneras de vivir su tarea como transfusionista y su relación con los demás. Actualmente estamos enfocando mucho sus problemas, y los de su familia, frente a la práctica intelectual.

En la segunda etapa del proceso, Griselda llegaba con su figure crispada, enjuta, sin hacer ruido hasta que llegaba a acostarse en el diván; echaba entonces la cabeza bruscamente hacia mí, yo recibía el mal olor de su pelo en mi cara, y me volcaba sus sueños como deyecciones. Hacia yo de *pecho-*

toilette, y también era el *serviente* que trabaja para el amo: yo recibía su material, yo me confundía, yo solía asociar por ella, y yo interpretaba los contenidos. Además de interpretar, de vez en cuando, sobre “mis condiciones de trabajo”. Se explicitaba así la ambigüedad: era el sirviente y era el analista. *Dialécticamente era el analista-sirviente*. Me di cuenta que lo era después de una fase árida, cansadora para mí, en la que actuaba el papel inconscientemente. Cuando hice conciencia de que era el analista-sirviente me di cuenta también que no estaba mal que lo fuera. Porque le daba de este modo contacto estrecho, sin asco para con su cuerpo, ni para con sus fantasías, y le mostraba la posibilidad de pensar lo que me traía, dándole a veces incluso, elementos de *mi proceso de pensamiento*. Éste *no constituye un misterio inaccesible* para ella, que nunca dejó de tener un ojo lúcido para mi pensar. Recientemente Griselda me trajo un sueño que simboliza la situación analítica: un hombre (yo) besa los genitales de una mujer (ella); estos genitales son un caño del que sale mal olor. Ha reubicado la cloaca, pasándola desde la cabeza a su región adecuada, la pelvipereineal. Ahora su cabeza no huele, como tampoco el resto de su cuerpo. Ahora el mal olor no está somatizado, sino que es símbolo corporal onírico. Pero aunque su cabeza haya sido culo, nunca dejó de ser cabeza. Dar una neta prevalencia, en la interpretación, el trato que le daba a sus sueños y al modo en que me los comunicaba, sobre la interpretación de sus contenidos, hubiera sido, para ella, una forma de contra-actuar su vivencia de que su pensamiento es mierda. *Reintroyectando este respeto por su pensamiento va animándose a asumir dolorosamente su realidad concreta*. Así en el área de su cuerpo, hay todo un proceso de acercamiento que desemboca en su consulta a un endocrinólogo, y en su *operación de poliquistosis ovárica*,* a los dos años de tratamiento analítico. Unos meses después, se inicia sexualmente con un médico del hospital; una relación parcial y frustrada, pero un signo indudable de progreso. Fue importante para este paso, creo, que yo no subvalorare su intento de exploración de la realidad, reduciendo compulsivamente su significado a una fantasía sexual conmigo. Era el juego que ella me proponía, para reforzar sus defensas.

* Su fantasía es que le sacaron “tejido masculino”.

Y ya estamos introducidos en la tercera etapa del proceso. El mundo social del trabajo va cobrando también consistencia y proximidad. Paralelamente a la “digestión de la pesadilla”, ha vuelto, ya a los cuatro o cinco meses de iniciado su análisis, al hospital, para prepararse como *transfusionista*. Allí, luego de un breve aprendizaje, y gracias a una organización sanitaria que lo posibilite, se ubica como *transfusionista de guardia nocturna*, y es la única que va por las noches a efectuar transfusiones, sin que nadie la vigile, sin que a nadie tenga que dar cuenta de lo que hace, sin nadie, al fin y al cabo, que quiere reclamarlo mucho, porque ha pasado un año sin que se encontrare alguien que aceptara este trabajo sacrificado y muy mal remunerado. En esta situación tantee sus capacidades como un niño en un juego, pero sin adultos que lo cuiden ni le exijan responsabilidad. Griselda confirma así, en la realidad, la fantasía del hijo de ricos que tiene a los pobres para usarlos. Allí se dirime también su conflicto entre el engaño (fragar los resultados) y la verdad. Desde esta peculiar inserción en el hospital, pasa, hace tres o cuatro meses, a trabajar en una mutualista. Aquí sufre tremendamente porque tiene que dar cuenta de su labor, porque se siente en una selva donde todo el mundo tiene que efectuar una tarea enorme, excesiva. Y si no la cumplen, pierden el cargo y hay muchos aspirantes prontos a ocuparlo. Trabajan en un clima de hostilidad, donde cada cual está atento a los errores del otro, para señalárselos. Ella carece de esta doble habilidad. Por esta carencia llora transidamente en la sesión y, muchas veces, también en el sanatorio. Lloro por ella misma, por los muñones de su personalidad no crecida y/o mutilada. Porque es exigida y es lenta. Porque no la dispensan de las exigencias. Porque no sabe mentir lo suficiente. “*Adaptarse para sobrevivir*” es el lema que vívidamente redescubre en la existencia social. Digo redescubre, porque pienso que ella y su familia son individuos que sobreviven *gracias a y pese a* su sistema de relaciones intragrupales, al cual no es ajeno su lugar en el sistema social general. *Quiero subrayar, en este momento, que Griselda ha pasado desde tener un cuerpo fragmentado y disperso en el espacio oniroide de la sesión, disociado y relativamente insensible en su deambular sonambúlico fuera de las sesiones, hasta tener un cuerpo único y limitado con una superficie enormemente sensible, capaz de absorber significados penetrantes y dolorosos de la vida social. Junto con “la piel” y la sensibilidad, ha desarrollado la capacidad de pensar Simbólicamente situaciones concretas, y de comunicarlas.* Así, trabajo interpretativo mediante,

puede culminar la sesión del día antes de su internación para operarse, con su reconocimiento explícito de que tenía “miedo de quedarse sola en el sanatorio”. Así me relata tan vívida y *claramente* lo que le pasa. Así me manifiesta, hace pocas semanas, que no me dirige palabra en el saludo, “porque yo soy quien ha establecido las cosas así, que sólo estoy para ella tales días de la semana a tales horas, no cuando ella me “necesita” y acepte como cierta mi respuesta de que “me quiere en exclusividad y a toda hora”.

Finalmente, recordemos que Griselda vino a analizarse en la época de cambios estructurales mayores y más rápidos que ha conocido la sociedad uruguaya. Su persona muerte-viva era portadora del muerto-vivo de su familia, de su capa social. De esta realidad se entera a distancia, está muy lejos de asimilarla. Cuando se la traigo su respuesta casi refleja es, “¡Ya está el informativo!” También me dice que le traigo “mi currículum” cuando establezco alguna conexión con mi tarea en la Facultad de Medicina. Sin embargo, ahora me trae lecturas de “Marcha”, para negarlas, “toda esa historia de las traiciones en Bolivia”. Tiene cierta simpatía con los estudiantes, al mismo tiempo que rebaje sus luchas al nivel de “niños que juegan a apedrear y a insultar a papá”. Admira el poder de su padre, cuyas actividades ahora conoce bien: es integrante de un trust industrial sudamericano, es miembro del directorio de un banco importante, “mueve los piolines de los políticos”. Me vive como un sujeto “comprometido en posiciones de izquierda”, a veces me expresa la nostalgia de que yo no sea un “técnico para el arreglo de mis problemas personales” y de que no me deje de ser “un informativo”. Se sabe querida. Me dijo hace poco: “Usted ahora me trata como grande, me gustaba más cuando me trataba como chiquita”.

No quiero terminar este trabajo sin, por lo menos, *interrogarme sobre mi estilo de analista*. Sé que dialogo mucho, que pregunto y respondo, que vuelvo accesibles elementos de mi propio proceso de pensar, que sigo de muy cerca las vivencias del paciente, que se las devuelvo muchas veces en descripciones verbales, para que él las siga pensando. Que vivo el proceso analítico, y le tomo el término a Pichon Riviére, como un co-pensar. Pienso que es

fundamental, para el papel desalienante de nuestro oficio, una buena utilización, con el paciente, de la dialéctica de nuestra condición de diferentes y de nuestra condición de iguales. Para lo cual, pienso, es imprescindible la configuración de nuestro vínculo como un proceso entre individuos que copertenecen a la misma historia colectiva. Lo cual es entender a la psicosis como un hecho común (de todos), como un nivel de nuestra vida colectiva, y no como el patrimonio de los raros. Escuchar a los raros es escuchar lo acallado y lo mutilado de todos. El raro es raro porque no es escuchado, ni puede escucharse a sí. Cuando lo logra, deja de serlo. Y pasamos a inquietarnos todos, él incluido. Este papel de escucha, ¿cómo lo hago? ¿Cómo lo hacemos? Al final, la pregunta sobre mi estilo es seguramente más breve y ansiosa: ¿analizo?

BIBLIOGRAFÍA

1. Baranger, W.: **Aspectos comunicativos del sueño**. "Anales Clin. Psiq.", Montevideo; t. II. 1959.
2. Bleger, J.: **Simbiosis. Estudio de la parte psicótica de la personalidad**. "Rev. Urug. de Psicoanálisis", t. VI, nos. 2-3; 1964.
3. Freud, S.: **La interpretación de los sueños**. "Obras completas". t. I. Ed. B. Nueva. Madrid.
4. Lacan, J.: **Le stade du miroir comme formateur de la fonction du je**. En "Ecrits"; Ed. du Seuil, París: 1966.
5. Meltzer, D.: **El proceso psicoanalítico**. Ed. Hormé. Buenos Aires, 1968.
6. Nieto Grave, M.: **Fantasía de la cloaca y confusión**. "Rev. Urug. de Psicoanálisis", t. VI, nº 1; 1964.
7. Nieto Grave, M.: **De la técnica analítica y las palabras**. "Rev. Urug. de Psicoanálisis", t. XII, nº 3; 1970.
8. Plá, S. C.: **El grupo familiar**. Tesis de profesorado, Facultad de Medicina; 1968.
9. Plá, S. C.: **Sobre el inconsciente, la contratransferencia y otros temas también espinosos. Algunos problemas actuales del papel de analista**. (Inédito.)
10. Rodrigué, E. y Rodrigué, G. T. de: **El contexto del proceso analítico**. Ed. Paidós, Buenos Aires; 1966.